

Bar Gloria

Nerea Ibarzabal Salegi

Traducción de Arrate Hidalgo



A todas las voces y manos que han pasado por aquí,
gracias.

1

Miguel juraría que esa mirada es para él, si no fuera porque quien lo mira es una cabeza de buey disecada y colgada de la pared. Un par de cuernos puntiagudos y un hocico seco, dos canicas de cristal, serrín donde antes hubo nervios ópticos, y pensamientos, y carácter. Todo rigidez y pelo viejo aún aferrado a los poros muertos. Cualquier destello de vida que pudiera albergar se apagó hace mucho en ese animal suspendido entre la grasa y el polvo del bar.

La cabeza cuelga sobre las dos puertas de la entrada, justo en el medio, de tal manera que se ve de frente desde la barra. En su día un animal hermoso, el buey tiene un pelaje rojizo que se le aclara hasta el blanco alrededor del hocico y de los ojos, como si se le hubiera desteñido a fuerza de llorar una larga noche, hace mucho tiempo.

Miguel no sabe si los bueyes lloran. Él sí, desde luego, normalmente acompañado de Ana y Rakel, después de cerrar el bar y terminar con las tareas de limpieza.

Aun después de bajar las persianas, al suelo del bar suelen hacerle falta unas horas para borrar del todo los ecos del día; tal vez porque el serrín esparcido sobre las baldosas rojas absorbe todos los sonidos hasta convertirse, con el paso de las horas y los pies, en una húmeda pasta de madera, murmullos, chocar de platos, palillos y huesos de aceituna. Es tarea de Miguel reunir ese serrín con la escoba todas las noches y después meterlo a paladas en grandes sacos, mientras Rakel y Ana se encargan de limpiar la barra y la cocina.

La idea es que si echas serrín es más fácil recoger la suciedad del suelo, o eso dicen las dos hermanas —«así se limpia de una sola pasada»—, pero Miguel no lo tiene tan claro: siempre se queda alguna viruta pegada al borde de las baldosas, por no hablar de las suelas de los zapatos o los bajos del pantalón. Hay motitas de madera por todas partes en los dormitorios del piso de los Lopetegi, justo encima del bar, y también en los escalones, y en la acera... y, por lo tanto —sospecha Miguel—, también en los zapatos, escalones y aceras de toda la gente del pueblo que pasa por el Gloria, como si fuera el bar el que saliera a pie de sí mismo, tras los pasos de todos sus visitantes. Limpiar el Gloria es una labor imposible, ya se les ha ido de las manos. Pese a todo, Miguel lo intenta todas las noches. Lo mete todo en sacos, y solo al cerrar los extremos con cordel enmudece ese murmullo o, al menos, se queda sordo durante un rato.

Los tres viven aguardando ese momento: el momento exacto en que el puño más cerrado de la noche estrangule el pueblo y, al fin, no quede nadie a quien le hagan ninguna falta tres jóvenes camareros, para nada, en ninguna parte. Tras recogerlo todo, se sientan a la mesa que está debajo de la cabeza de buey y beben y fuman hasta calmar las entrañas, con los ojos cada vez más entornados, sumergidos en una blanca masa de humo.

Rakel sujeta los cigarrillos con fuerza entre labios esponjosos, como si tratara de no caerse de algún sitio y ese fuera su único asidero, y cada tres minutos hace un brindis —«¡por nosotros!»—, para

asegurarse de que sus compañeros de borrachera siguen con ella. Ana fuma y bebe, con más calma, y mira a su hermana de reojo por debajo de la gruesa mata de pelo que le cae sobre la frente, centinela distante y silenciosa de todas sus caídas.

—Entonces, ¿qué vas a decirle a ese tipo, Miguel? —pregunta Rakel con el dulzor del pacharán en los labios. En el reloj del mostrador son las dos de la madrugada. Miguel se encoge de hombros y expulsa el humo por la boca, hacia arriba, bajo la barbilla del buey disecado.

—Ándate con ojo. Aquí viene todo tipo de gente.

A Ana se le da bien oler el peligro. A Miguel, no tanto. No le da miedo el hombre pequeño y enjuto que ha entrado en el bar esa mañana, aunque fuera una cara demasiado nueva, de tez cetrina y sonrisa amarilla, para un jueves por la mañana. Una cara que nada más entrar ha buscado los ojos de Miguel al otro lado de la barra.

El hombre llevaba una camisa de color mantequilla y pantalones negros, ceñidos por un cinturón brillante que le quedaba grande. Se le ha acercado al mostrador agarrado al collar de oro que llevaba al cuello, como si estuviera tirando de sí mismo hacia delante. Y Miguel, con el trapo al hombro, ha esperado en su elevada trinchera de madera.

—¿Pero qué te ha dicho, exactamente?

—Rakel, si estabas ahí.

Pero Rakel quiere oírlo todo otra vez, por mucho que esa mañana Ana y ella hayan conseguido cazar la conversación casi en su totalidad: una, al tiempo que construía torrecitas con las tazas sobre la máquina de café; la otra, mientras pasaba el trapo húmedo por el mostrador con los ojos soslayados y las orejas tiesas.

—Que tiene una casa en Hendaia y que me va a pagar.

Que le va a enseñar lo que es la vida, que este pueblo no es para los que son como ellos, que se vaya a pasar unos días con él en la playa. Todo eso le ha dicho, pero Miguel no se lo repite a las hermanas, pues no sabe cuánto han llegado a oír exactamente.

—A ver, trae esa tarjeta.

Miguel saca del bolsillo el pedacito de papel que le ha dado el hombre. Rakel lee en voz alta los números escritos en una caligrafía ondulada.

—El teléfono es del pueblo.

—Ya sabes que ahora va a volver a por una respuesta, ¿no?

Puede ser. En este bar son muchos los hombres que reinciden en sus costumbres; de eso Miguel ya se ha dado cuenta. Acodados sobre el mostrador, ponen nombre a los jóvenes animales que se encuentran al otro lado de la valla: Ana es «la guapa»; Rakel, «la gordita»; él, «el maricón». «¿Es que no lo eres, o qué? ¿Eh? Con esos botines rojos que llevas, ¿qué vas a ser?». A estas alturas, de puro aburrimiento, les contesta que sí. Hace unos años se quedaba enjuagando los vasos sin decir nada.

La sombra de los cuernos del buey va rotando a lo largo del día. Por la noche, los cuernos se multiplican bajo la luz amarillenta de las lámparas y parecen seis gruesas manecillas de reloj sobre el papel de color verdusco de la pared. Miguel las siente como una amenaza, como el anuncio de que algo se acerca, de que en cualquier momento el buey va a saltar encima de la mesa con un cuerpo de ladrillos y se lo va a llevar todo por delante. De vez en cuando oye resonar el cencerro que lleva el buey al cuello, o eso le parece: con el transcurso del día, entre los resoplidos de la cafetera y las voces de los obreros, distingue un repicar que, a veces, en mitad de servir una hilera de chiquitos de vino, lo obliga a levantar la vista a la pared y le hace derramar un par de gotas moradas sobre el aluminio. Al final siempre resulta ser el choque de un par de vasos, o el gemido de la puerta.

—Le diré que se olvide. Que no quiero nada y que se olvide de mí.

Las hermanas intercambian miradas. Miguel distingue en sus caras el vestigio de una conversación previa, ambas buscando tener la razón, tras el rastro de un «te lo dije». Por el suspiro satisfecho de Ana, parece que es ella quien ha ganado la discusión silenciosa.

Tras dar un último trago, esta se levanta de la mesa.

–Mejor no fiarse. Vete a casa; ya recogemos nosotras esto.

Rakel, con gesto alegre, agarra la botella de pacharán. Todavía le queda un poco.

–¿Un último trago para el viaje, Miguel?

Él acepta.

–Por nosotros.

Ana recoge en silencio las colillas y los ceniceros.

Miguel se despide de las hermanas con un beso a cada una. A veces, Ana y Rakel le dan la impresión de ser un recuerdo más entre todos los trofeos, las txapelas y las fotos de bueyes. Se le antojan un objeto del pasado al que se le tiene cariño, un dolor viejo y sanado hace mucho tiempo, distante y bello.

Como ya está echada la persiana de la entrada principal, Miguel decide salir por la puerta pequeña de la cocina. La noche cálida lo envuelve bajo un cielo de leche. A lo lejos se oye el rumor de las grandes máquinas y el eco de golpes metálicos y regulares. Bajo sus pies, nota la piedra más mullida de lo normal, como si la bebida hubiera ablandado las durezas del pueblo para adaptarlas a las formas de su cuerpo.

Ya está alejándose del bar y poniendo rumbo hacia su vecindario cuando oye un silbido a su espalda, seguido de una voz:

–¡Miguel!

Alguien le hace señas desde el portal de los Lopetegi. Miguel reconoce esa sombra: es Elias, el vecino del cuarto. Todos los domingos baja al bar a comer rabas con su mujer.

–Estábamos en casa y nos ha llegado olor a gas, y como se oían ruidos en el bar, he pensado que igual habéis dejado algo encendido.

–Están Rakel y Ana en el bar.

–No contestan.

Miguel, preocupado, desanda el camino a todo correr.

–No quería molestarte, ya sé que es tarde...

Entran en el portal. Ahí es donde el bar tiene la tercera vía de entrada, pues la puertecita de la cocina solo se abre de dentro hacia fuera. Miguel busca las llaves temiéndose lo peor. Quizás Rakel se ha despistado y, con tanto tabaco, no han olido nada.

Está a punto de meter la llave en la cerradura cuando Elias lo agarra de la nuca y, de un golpe seco, le estampa la cara contra la superficie áspera de la pared. El dolor se le expande como una explosión desde la mejilla por todo el cráneo. A su espalda oye el sonido correoso de un cinturón que se suelta seguido del de una cremallera; antes de que se dé cuenta ya tiene la mano izquierda de Elias intentando tirarle de los vaqueros hacia abajo. Medio mareado por el dolor, Miguel nota el aliento caliente del hombre en la oreja: «Te pillé». El peso del cuerpo inmenso contra su espalda, la mano que se agita enloquecida, debatiéndose entre tratar de quitarle los pantalones y tocarse el pene.

Miguel grita. La superficie puntiaguda de la pared le corta la piel de los labios y nota el sabor a hierro bajándole por la garganta. Chilla cada vez más fuerte, medio ahogado en el resquicio contra el que lo apresan.

En el momento en que Elias hace amago de taponarle la boca, Miguel lo empuja hacia atrás con todas sus fuerzas. El hombre, que tiene los pantalones por los tobillos, tropieza. Miguel logra escurrirse del cepo de sus brazos, sale del portal y se aleja a todo correr, adentrándose en las laderas de la noche.

2

—¿Y yo qué voy a hacer, ama?

El niño iba por la acera tras los pasos apurados de la mujer, incapaz de seguirle el ritmo.

—Eso te lo dirán ellos; tú haz lo que te manden.

Aquel fue el año en que cambiaron los ojos de la madre de Miguel; el año en que los trabajadores de la fundición se pusieron en huelga. Miguel entendió a medias lo que ocurrió durante aquellos dos meses, y a medias entendió las palabras de su padre —«Esta empresa parece de los nazis», «De aquí saldremos con los pies por delante»—; a medias las veces que a su madre se le agriaba el carácter de improviso, las lloreras repentinas. Reuniendo los retazos de lo que entendía, Miguel fue empapándose de la atmósfera de miedo y esperanza que lo envolvía al mirar a su familia. Los trabajadores de la fundición, su padre entre ellos, se fortificaron en la iglesia

para pasar allí la huelga. Su madre y otras mujeres del vecindario les llevaban pucheros de comida todos los días. A veces, Juan, su hermano, que le sacaba un año y medio, las acompañaba. Desde la ventana de su cuarto, Miguel las veía a todas reunirse nerviosas en el patio gris, pertrechadas de ollas, jerséis y mantas. Nunca le dejaban ir con ellas.

Ahora, desde el fin de la huelga, los ojos de su madre vivían siempre en busca de algo, siempre a unos metros, a unos días por delante de su cuerpo. Tal vez por eso un día se fijó en aquel bar grande a la orilla del río, y después recordó las manos hábiles de Miguel, el carácter sencillo y alegre de su hijo menor. Fue entonces cuando Miguel puso un pie en el Gloria por primera vez, recién cumplidos los trece.

Siendo lunes, la taberna estaba cerrada. La madre de Miguel llamó con un golpe seco a la pequeña puerta que daba a la cocina. Saltaba a la vista que no era la primera vez que tocaba a aquella puerta. Seguramente ya lo tuviera acordado de antemano con los nuevos taberneros, igual que había hablado con el dueño de la bodega para que metiese a Juan de mozo de almacén.

Les abrió la puerta un chiquillo de ojeras violetas y dientecitos separados por entre los que se le escapaban la emoción y la vergüenza.

—¡Ama! ¡Ya ha llegado! —gritó sin quitar ojo a Miguel y a su madre. Una mujer de pelo negro y aspecto cansado apartó al niño de la puerta y los invitó a pasar. Al entrar en la cocina, Miguel oyó más risas infantiles. El niño que les había abierto estaba con otras dos niñas que tendrían más o menos la edad de Miguel. Los tres, medio escondidos, cuchicheaban entre ellos.

La mujer cansada se llamaba Bizenta, y el hombre corpulento y sonriente que apareció doblando una esquina era Patxi, su marido, cuyas mejillas estaban cubiertas por unos capilares rojos y morados al modo de la hiedra. Patxi alargó un brazo peludo y estrechó la

mano derecha al muchacho recién llegado. Miguel tensó los músculos para que el gesto fuera firme y seco, tal y como su hermano le había enseñado. Conque estos eran los Lopetegi, los nuevos arrendatarios del bar Gloria, venidos de la costa, según le había dicho su madre. Al parecer, el matrimonio y tres de sus cuatro hijos, los más pequeños, habían dejado su caserío para llegar a este pueblo en un pequeño coche negro.

—Estos son Ana, Rakel y German.

Miguel les saludó nervioso y con ganas de que todos los padres y las madres que había alrededor desaparecieran durante un rato. La cocina era de madera y tenía el techo oscuro. Todos los armarios eran blancos, con puertas finas de color turquesa y bordes redondeados. El centro lo ocupaba un mueble alargado, una especie de mesa con estantes que dividía la estancia en dos; sobre ella se apilaban un centenar de cosas: botes de café, paquetes de achicoria, galletas, huevos, cajas de puros, ajos, bolsas de plástico anudadas... Sobre la cocina económica de color negro se acumulaban cazuelas de todos los tamaños. Bizenta ofreció algo de comer a madre e hijo: tenía caldo o, si no, morcilla. Ambos, dando las gracias, dijeron que no, tras lo cual todos se quedaron mirándose en silencio, uno de esos momentos que se vuelven incómodos a fuerza de querer ser cortés y mantener las formas.

—Enseñadle el bar a Miguel.

Los tres hermanos salieron escopeteados de la cocina, como los cohetes de las fiestas del barrio, y aparecieron por detrás del mostrador de madera. Era altísimo, tanto que los más pequeños apenas llegaban al borde. La pared del fondo estaba alicatada con azulejos blancos y naranjas, que combinados dibujaban decenas de flores simétricas. En armarios, que recordaban a altares, había muchísimas botellas, así como vasos y copas de cristal en hileras, ordenados en sendos estantes. Miguel supuso que aquella debía ser una familia de campeones, pues habían aprovechado hasta el último

gancho de la pared para exhibir una amplia colección de txapelas y trofeos. Nunca había visto una taberna tan grande.

El pequeño German, más contento, imposible, explicó a su nuevo amigo dónde estaban las tazas, dónde las cucharas, por dónde se encendía la cafetera nueva, como si aquellos tesoros que él aún no había tenido tiempo de comprender, de los que aún no había podido encariñarse, pudieran volverse más bellos al ser expuestos a la mirada de otra persona. Ana y Rakel, silenciosas, habían dejado que recayera todo el peso de la acogida en los tartamudeos de German, pero este parecía feliz de haber dejado de ser el único niño.

Tras serpentear por entre las mesas situadas delante de la barra, German le mostró el camino al comedor. Era igual de grande que el resto de los espacios que Miguel había visto; cabían holgadamente diez mesas alargadas dispuestas en un par de filas. El papel pintado, de un tono marrón claro, estaba deteriorado en algunos sitios, y unas lámparas iluminaban en racimos redondeados cada una de las paredes. Había un pequeño ventilador metálico, fijado a una esquina, y unas cortinas blancas de encaje decoraban las ventanas que miraban a la orilla del río y la cristalera que daba a la calle.

—Ayer llegué hasta esa casa de allí yo solo —le dijo German, apretando un dedo contra el cristal.

Miguel no entendió muy bien lo que quería decir. Vio otro par de trofeos en las esquinas del comedor. Pensó que la próxima vez tendría que contarlos.

Los niños volvieron a la cocina. La madre de Miguel les dio la espalda bruscamente.

Solo él se dio cuenta de que estaba llorando, porque su madre lloraba todos los días cuando salía de casa, ya fuera donde Juanita la gallega o donde la tía Pilar. Pues el padre de Miguel volvió un día de aquella iglesia, y bien vuelto, además: desde entonces no hubo ni cambios de turno ni buzo gris que tender. La sirena de la fundi-

ción siguió sonando a la misma hora, pero no para ellos. Echaron a todos los huelguistas a la calle. El padre de Miguel pidió un favor a un conocido que trabajaba en un taller mecánico, pero ni eso había conseguido mitigar la preocupación de su madre.

Bizenta mandó al piso de arriba a los cuatro niños, que subieron atropelladamente a la nueva residencia de la familia Lopetegi-Aitzondo. Los tres hermanos competían por ver quién le enseñaba a aquel niño de pelo rubio la cosa más asombrosa: las camitas de los dormitorios, las abarcas que utilizaban en el caserío, el monte que se divisaba por la ventana, con la cruz en la cima.

—Este pueblo es feísimo, ¿a que sí?

Eso fue lo primero que Miguel oyó decir a Rakel, que miraba la calle junto a la ventana, y enseguida descubriría que todas sus preguntas terminaban en un «a que sí», ya fuera explícito o mudo, y que siempre las respondía ella de antemano. Vieron a algunas mujeres de recados por las estrechas aceras, y el nuevo Dauphine verde claro del carnicero, que siempre dejaba aparcado delante de la carnicería.

—Este pueblo es feísimo.

Miguel no contestó. Tampoco contestaba a su padre cuando él decía lo mismo: «En Soria pasábamos hambre, pero por lo menos no teníamos que comernos este humo asqueroso».

Sin embargo, para Miguel no existía ningún otro pasado. Él llegó a la estación de tren de aquel pueblo dentro del vientre de su madre. Nació en el lugar en el que nació, desnudo, resbaladizo y sin necesidad de regresar a ninguna parte, en aquel pueblo lluvioso y lleno de vida que crecía cada vez más y más, y cada una de las escenas de su niñez estaban tiznadas por aquel polvo negro que su familia tanto maldecía.

Por eso no contestó a Rakel aquel día: aún no sabía cuál era el lugar al que Rakel ansiaba volver al hacer esa pregunta.

Su madre lo llamó desde la cocina, y él bajó las escaleras de dos en dos.